

EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.^a SERIE ✧ BARCELONA, octubre de 1894 ✧ NÚMERO 3

AVISO IMPORTANTE

Al objeto de que se pueda encuadernar aparte la preciosa novela EL CABALLO BLANCO, hemos compaginado de manera que, cortando el número por la mitad, quede separado del cuerpo del periódico sin alterarse el orden de materias de éste, y con numeración aparte.



EL CAPITÁN MONTAUBÁN: Hallábame en tan triste condición, que el príncipe no me reconoció

SUMARIO

El capitán Montaubán (*conclusión*).—El caballo blanco (*continuación*).—Nelson.—Delante de Sebastopol.—Variedades.

EL CAPITÁN MONTAUBAN

EL TERROR DE LOS MARES

(*Conclusión*)

Todo el cabello, la cara y un costado presentaban los efectos de la quemazón con la pólvora, y á cada momento me desangraba por boca, nariz y oídos. Yo presumo que la pólvora tuvo por efecto hinchar los vasos sanguíneos tan extraordinariamente, que las extremidades de las venas se abrían, dejando salir la sangre, ó bien era la causa del ruido y violenta agitación en los mismos órganos. En fin, fuera lo que fuese, no teníamos médico alguno para consultar, y, por otra parte, lo más temible por el pronto era la falta de víveres y el hambre que nos agujoneaba. Tampoco teníamos tiempo de averiguar lo que había sido del buque inglés, pues apenas podríamos salvarnos nosotros.

Con el auxilio de los remos, enderezamos el rumbo siguiendo una corriente que, según yo sabía, llegaba del puerto de Cabinda; pero como el viento era desfavorable, no podíamos llegar á él, é hicimos un esfuerzo para ganar el Cabo Corso, distante doce leguas del de Catalina, donde no pudimos desembarcar á causa de la barra que hace inaccesible aquella parte de la costa. Sin embargo, el hambre se antepone á todo, é indújonos á luchar, contra los obstáculos opuestos por la naturaleza, hasta que, al fin, venciendo grandes dificultades, avanzamos hacia la orilla á pesar de la barra, confiando en hallar negros que nos proporcionaran provisiones.

Uno de los nuestros desembarcó muy pronto para buscar algo de comer, y, por fortuna, descubrió algunas ostras adheridas á las ramas de árboles en una laguna de la cual nos dió al punto conocimiento. Allí pasamos dos días, y formé tres partidas con mis hombres, que marcharon en busca de víveres y casas, con orden de volver al bote por la noche. Por desgracia, no se encontró por las inmediaciones habitación alguna, ni señal de que hubiese allí pobladores: solamente vimos grandes manadas de búfalos, los cuales huían tan apresuradamente, que no nos permitían acercarnos. En vista de esto, después de perder todo un día inútilmente, volvimos al bote para comer ostras, resueltos á dirigirnos al Cabo Corso al día siguiente. A sotavento del Cabo hay un puerto muy espacioso, donde suelen anclar los buques que siguen aquella dirección, á fin de abastecerse de leña y agua. Los negros que habitan el país saben su llegada por los cañonazos que disparan, y al punto se presentan con

viveres y aguardiente, á fin de cambiarlos por cuchillos y hachas.

Por necesidad viven lejos del mar, porque toda la costa es muy pantanosa.

Apenas llegamos al Cabo Corso, oyóse el ruido que hacían los negros, que acudían para vender lana á bordo de los buques anclados, y yo los examiné á todos para ver si reconocía alguno, pues en mis anteriores viajes les compraba siempre alguna cosa; pero ninguno de ellos pudo persuadirse, cuando les hablé, de que yo era el capitán Montaubán: tanto me había desfigurado en mi última desgracia, y los más supusieron que yo era un impostor. Como yo comprendía un poco su lenguaje, díjeles que estaba á punto de morir de hambre, y les rogué que me dieran algún alimento; pero mis súplicas fueron inútiles, y, en su consecuencia, solicité que me condujeran á presencia del príncipe Tomás, hijo del rey de aquel país, con la esperanza de que recordase los favores que le había dispensado últimamente. Todos mis hombres me seguían, y, al llegar á las viviendas de los negros, nos dieron bananas, prometiendo conducirnos al otro día á la morada del príncipe.

Sin embargo, hallábame en tan triste condición, que no pude conseguir que me reconociera ni por señas, ni hablándole en su propio dialecto, así como también portugués, que él conocía muy bien. En otro tiempo habíamos ido juntos á combatir, y pudo ver en mi muslo una cicatriz resultante de una herida que me ocasionó la bala de un mosquete; y, al fin, díjome que por esto reconocería si yo era verdaderamente el capitán Montaubán, y que si se probaba una impostura mandaría que me cortasen la cabeza. Después me preguntó si tenía la cicatriz en el muslo; y como se la enseñase, me abrazó cariñosamente, manifestando el pesar que le causaba verme en aquella triste situación. Acto continuo ordenó que se distribyeran víveres entre mis hombres y se les cediesen varias habitaciones para su alojamiento. También dispuso que se tratase á todos con la mayor solicitud; y en cuanto á mí, el príncipe quiso que viviera con él.

Cuando estuve un poco restablecido prometió presentarme al rey, su padre, que vivía á cinco ó seis leguas de allí, es decir, á diez ó doce de la orilla del mar. Dí gracias por esta atención, y pedí permiso para que se me permitiese conducir á mis hombres, dándome antes algunas piezas de tejido, á fin de presentarnos decentemente al soberano negro.

Tres días después emprendimos la marcha en una gran canoa, y pasamos por el río de Cabo López, pues en el país hay tantos pantanos, que no es posible hacer el viaje por tierra.

El rey habitaba en un pueblo compuesto de trescientas chozas cubiertas con hojas de palmera, donde tenía sus mujeres y parientes y algunas de las familias favorecidas. A mí se me alojó con el príncipe Tomás, y mi gente se acomodó en varias cabañas. Encontramos muy entristecidos á todos los que allí estaban, porque su principal sacerdote había muerto la

víspera, y era preciso tributarle los funerales, que se prolongan por espacio de una semana para las personas de tan alta categoría.

Como el rey está de luto mientras dura la ceremonia de los funerales, no recibe á nadie en este intervalo, y el príncipe Tomás me advirtió que no debía visitarle ni salir de mi vivienda, porque tal era la costumbre. Sin embargo, fui á ver la ceremonia de los funerales, que se reducía á una considerable multitud agrupada al rededor del cadáver.

Yo comía bastante bien, y mis hombres igualmente, gracias á las órdenes del príncipe: nos daban bananas, carne de elefante y pescado de río. Al terminarse la ceremonia de los funerales fuimos presentados al rey yo y mis hombres: el soberano era un negro muy bien formado, de elevada estatura y de unos cincuenta años de edad. Para dispensarme un honor, avanzó algunos pasos fuera de su vivienda, para salirme al encuentro, apoyándose en cuatro ó cinco mujeres y seguido de varios negros armados de lanzas y mosquetes, cuyas armas, cargadas solamente con pólvora, disparaban á intervalos. Precedían al rey varios tambores y trompeteros y varios individuos con estandartes. Por único traje llevaba una tela listada que solamente cubría una parte de su cuerpo.

El rey hizo muchas demostraciones amistosas, y dióme la mano, diciéndome que era la primera vez que estrechaba la mano de un hombre. Sentóse en el umbral de su puerta, y quiso que me colocara á su lado, teniendo á su hijo al otro. Me hizo varias preguntas respecto á la grandeza y poderío del rey, mi señor, y cuando le dije que había hecho por sí solo la guerra á los ingleses y holandeses, y también á los alemanes y españoles, que eran naciones más poderosas que las primeras, mostróse muy satisfecho de mi relato, y propuso que bebiésemos á la salud del rey de Francia. A una señal, sirvieron al punto sus mujeres vino de palma en un gran vaso de cristal, y, apenas comenzó á beber, todos los negros, hombres y mujeres, levantaron su brazo derecho, manteniéndole en esta postura hasta que el rey apuró su vaso. Entonces resonaron los tambores y trompetas é hizo una salva con los mosquetes.

Cuando dije al príncipe Tomás que el rey de Francia se llamaba Luis *el Grande*, manifestó el deseo de que yo tuviera en brazos á un hijo suyo de siete ú ocho años, á quien quería bautizar, y que le pusiera por nombre Luis *el Grande*. También me dijo que, en mi próximo viaje al país, enviaría al niño por mi conducto, como regalo, al rey de Francia, á cuyo servicio le consagraba, porque tenía grandes deseos de que se educase conforme á las costumbres del país y á la corte de tan gran príncipe. Por mi parte, me comprometí á recordarle su promesa cuando volviese á la costa de Guinea, á fin de que cuando regresase á Francia pudiera llevarme el más valioso regalo que se podía hacer al rey, presentándole al hijo del príncipe Tomás.

El soberano negro, que escuchaba á su hijo, aseguróme que él mismo iría á Francia, si era necesario, y, al oír esto, todos los hombres y mujeres profirieron un grito general, al que siguió una descarga de mosquetes, acompañada del toque de tambores y trompetas. Yo no comprendía la significación de todo esto, y me alarmé un poco, hasta que ví al rey negro beber á la salud del mío con las mismas ceremonias de antes, siguiendo su ejemplo el príncipe y todos los extranjeros que allí estaban. El rey me ofreció después dos panes de cera en prueba de amistad, y se retiró á descansar.

Al día siguiente visitamos varios pueblos de las inmediaciones, y los más de los habitantes, que no habían visto nunca hombres blancos, acudieron de todas partes, ansiosos de satisfacer su curiosidad, llevando consigo frutos, carne de elefante y de búfalo y cuantos alimentos se pueden encontrar allí. Era una señal de gran consideración darnos carne de elefante, pues los indígenas la tienen por un regalo, y solamente comen de ella los días de fiesta. Incapaces de comprender lo que producía la diferencia de color entre su piel y la nuestra, trataron á menudo de ver si podían borrar nuestra complexión; y tal era su afán cuando practicaban el experimento, que á veces nos hacían daño. Cuando el príncipe Tomás observó esto, dió una orden para que nadie nos tocara, y dijo á cuantos venían á vernos que todos los extranjeros eran blancos como nosotros y que si ellos fuesen á otro país, su color parecería tan extraño como el de nosotros en Guinea. Al príncipe le entretenía mucho ver á todo el mundo correr tras de nosotros como si fuéramos animales extraños; pero, al fin, le fastidió que nos asediaran tanto con sus importunidades.

Al cabo de tres días de viajes y diversiones, el príncipe me condujo otra vez á presencia de su padre para que me despidiese de él. El soberano me acarició mucho, é hizo prometerle que le visitaría cuando volviese á Guinea. Después nos embarcamos en canoas, y al día siguiente llegué al pueblo del príncipe Tomás, donde se me trató lo mismo que antes. Aquí volvió á tratar del asunto del bautismo de su hijo; y como estos indígenas son cristianos, envió á buscar al Cabo López un sacerdote portugués, que llegó en dos días.

El príncipe puso á su hijo el nombre de Luis *el Grande*, según era antes su intención. Una negra, parienta suya, fué madrina, y me eligió á mí por padrino. Aquella mujer se llamaba Antonia, y díjome que al bautizarla quiso ponerle este nombre la esposa de un capitán portugués. La ceremonia se efectuó con toda la magnificencia posible, tal con la que pueden ostentar los negros en semejantes casos.

Dos ó tres días después recibióse noticia de la llegada de un buque inglés al Cabo López, y entonces pedí permiso al príncipe para pasar á bordo, á fin de volver á mi país; pero no quería que me confiase en manos de mis enemigos, y aconsejóme que esperase con paciencia la llegada de algún barco portugués.

Entretanto, fué al Cabo López para cambiar colmillos de elefante, cera y negros por hierro, armas y aguardiente, para lo cual necesitó diez ó doce días. A su regreso, díjome que un barco portugués había anclado en el Cabo y que su canoa me conduciría á bordo, pues me había recomendado al capitán y que no necesitaría nada para mi viaje á Europa.

En su consecuencia, reuní mis hombres, excepto dos que cuatro ó cinco días antes habían ido á recorrer el país y no sabía dónde en-

tante, era tan honrado como el primero de los de su país. Tuvo la cortesía de cederme su camarote, y procuró distraerme con su conversación, muy amena, por cierto.

Diez días después de nuestra salida de Santo Tomás perdimos el timón en una tempestad, y fué preciso sustituirle en cierto modo con un mástil de reserva, lo cual no podía servirnos de mucho en un viaje de tres meses. Los víveres comenzaron á escasear también antes de que llegásemos á las Barbadas; tanto, que,



EL CAPITÁN MONTAUBÁN: Con el auxilio de los remos enderezamos el rumbo ...

contrarlos. Después de despedirme del príncipe me embarqué en sus canoas, é hicimos rumbo hacia el Cabo López. Al llegar, ví que el capitán portugués era un antiguo amigo mío, á quien había conocido en la isla de Santo Tomás. Tres días después de haberme embarcado, llegamos á dicha isla, cuyo gobernador tuvo muchas deferencias conmigo y mi gente durante el mes que debimos permanecer en el puerto. Un buque inglés que había ido á la Costa de Oro volvió en este intervalo, y, habiendo trabado yo conocimiento con el capitán, hízome éste varios ofrecimientos que en rigor no podía rehusar. Invitóme á pasar á bordo, asegurándome que encontraría muy buenos médicos judíos en las Barbadas, y que, seguramente, me curarían. Con esta esperanza, me embarqué, juntamente con mis hombres, aunque el gobernador de la isla me dijo que tenía razones para sospechar del inglés, que, no obs-

al fin, se disminuyó la ración de cada uno á tres cuartas partes. Al llegar á la isla, el capitán inglés se presentó al coronel Russell, que era el gobernador, y dióle cuenta de mi encuentro con el buque de guerra en Angola, y de las consecuencias que tuvo; oído lo cual, el coronel Russell le censuró mucho por haberme conducido á las Barbadas. Cuando el capitán volvió á bordo, díjome que el gobernador le había prohibido desembarcarme, bajo pena de muerte. Esto último no lo supe por él al principio, pues solamente me indicó que deseaba que no saltase á tierra, porque esto podía excitar las sospechas del gobernador. Prometíle atender á su indicación, tanto más cuanto que no deseaba ver un sitio que conocía desde mucho tiempo antes, ni quería tampoco que resultase compromiso alguno para el capitán.

Al día siguiente, varios judíos que habían sido expulsados de la Martinica, y que tuvie-

ron conocimiento de mi llegada, pasaron á bordo, y, viendo que estaba muy indispuerto, enviáronme algunos médicos de su tribu, los cuales dijeron que no podían curarme si no me trasladaban á tierra. Ofrecieron solicitar permiso del gobernador para dejarme vivir en la ciudad, y yo elevé una solicitud con el mismo objeto, prometiendo no moverme de mi habitación hasta que marchase á la Martinica. Los mismos médicos judíos debieron declararse responsables de mí, y entonces se me

y díjele que, á fin de evitar toda sospecha contra mis hombres, lo mejor sería encerrarlos en la ciudadela, con lo cual no recorrerían la isla ni podrían escaparse tampoco. Contestó que se cuidaría de esto, pero que debía entender que eran prisioneros de guerra, así como yo. Yo repuse que lo presumía así, y que me daba por contento al haber caído en sus manos, añadiendo que el capitán inglés que me condujo á las Barbadas me había prometido que ni yo ni tampoco hombre alguno de los que



EL CAPITÁN MONTAUBÁN: Indígenas llevando colmillos de elefante al Cabo López

condujo á la casa de Jacobo Lewis, que me atendió bien durante todo el tiempo de mi permanencia allí.

Tres días después de mi llegada, el coronel Russell envió un oficial para visitarme, y ofrecióme su protección, así todo cuanto pudiera facilitar mi restablecimiento. También fué á verme algunas veces un capitán de la guarnición; pero creo que era más bien con el objeto de saber cuándo me hallaría en estado de salir de la isla que no porque se interesara por mi salud. El mismo coronel Russell me visitó diez ó doce días después de mi llegada para saber si estaba tan enfermo como se decía, y una semana después volvió de nuevo y dió orden para que se me condujera á casa de un mercader inglés, diciéndome que allí estaría mucho mejor; pero pensé que su objeto era vigilarme mejor, impidiendo que hablase con tanta gente. El otro día le dí gracias por sus atenciones,

me acompañaban seríamos detenidos, y que, fiándome en su palabra, consentí en pasar á bordo de su buque. Después pedí al coronel mi libertad y la de mi gente, diciéndole que pagaría el rescate que se me exigiera.

—No,—replicó el gobernador;—no quiero rescate por V. ni por los suyos, porque le considero un hombre valeroso y compadezco sus numerosas desgracias. En prueba de ello, ruego que acepte estos cuarenta escudos, para atender á sus más urgentes necesidades.

Dicho esto, me presentó una bolsa, que, sin duda, había traído para mí, y al despedirse dijo que iba á dar orden para reunir á mis hombres. Después de hallarme un poco restablecido, envié á decir al gobernador, por conducto del oficial que iba á visitarme todos los días, que mi deseo era embarcarme en el primer buque que hiciese rumbo para la Martinica.

Tres días después llegó una barca, que el

conde de Blenac, gobernador de las islas francesas, enviaba para efectuar el canje de prisioneros; y el coronel Russell me dió noticia de ello, diciéndome que podía prepararme para la marcha. En su consecuencia, se me permitió ir á su casa para darle gracias personalmente por todas las atenciones que me había dispensado. Díjome que sentía que las leyes de la guerra no le hubieran permitido concederme más libertad, y me rogó que tuviese consideraciones con los ingleses que cayeran en mi poder. Me embarqué en el buque francés; pero sólo pude encontrar dos de mis tripulantes, los cuales declararon que nada sabían de los demás.

Al llegar á la Martinica, referí mis aventuras á Mr. de Blenac, quien insistió en que yo viviera con él durante mi residencia en aquel punto, y varias veces quiso que le repitiera los detalles de mi encuentro con el buque de guerra inglés.

Al fin, viendo oportunidad de obtener pasaje para trasladarme á Francia, envió á buscar al capitán del buque que debía marchar á dicho país, y me recomendó. También hubiera escrito cartas en mi favor; pero enfermó de tal modo, que no pudo hacerlo, y murió el 10 de junio. Lo sentí por muchas razones. Era hombre muy complaciente, deseoso de servir á todos y que se compadecía de las desgracias de aquellos á quienes la mala suerte perseguía como á mí. Ofrecía un favor antes de que se le pidiesen. Distinguíase por su valor y su inteligencia en los asuntos de marina, y hacíase acreedor al aprecio del rey por su honradez, sabiduría, justicia, y también los servicios prestados á su país.

Al día siguiente de haber muerto Mr. Blenac, me embarqué en el *Virgen*, buque perteneciente á la matrícula de Burdeos, que hizo una rápida travesía. Llegué bajo la impresión de sentimientos muy contradictorios: sin saber si me despedía del mar ó si volvería á recorrerle de nuevo para vengarme de los ingleses, que tanto daño me habían hecho; si atravesaría el Océano en busca de una riqueza, ó si permanecería quieto para consumir lo que mis parientes me legaban. Hombres hay que tienen una singular propensión á emprender viajes, así como en otros se manifiesta para entregarse al vicio del juego. Aunque la suerte les sea adversa, confían en que, al fin, harán su fortuna, y, de consiguiente, continúan jugando. Así sucede con nosotros en el mar: aunque suframos por algún accidente, nunca nos abandona la esperanza de hallar oportunidad para resarcir nuestras pérdidas.

EPISODIOS DE LA GUERRA

NELSON

En la victoria alcanzada por sir John Jervis en febrero de 1797 sobre la flota española fuera del Cabo de San Vicente, Nelson, entonces comodoro, mandaba el *Capitán*, buque de se-

tenta y cuatro cañones; y el hecho de apresarnos del enemigo, el *San José*, de ciento doce cañones, y el *San Nicolás*, de ochenta, fué la más brillante hazaña de aquel día, durante el cual los enemigos eran casi dos contra uno.

Poco después de mediodía, el almirante Jervis, que mandaba la *Victoria*, cuyo nombre consiguió Nelson hacer imperecedero, izó la señal que ordenaba á los buques ingleses tomar la posición más conveniente para apoyarse y atacar al enemigo. A la una y media, Nelson, fijando poco la atención en el *mutuo apoyo*, rompía el fuego contra la *Santisima Trinidad* con tanto empeño como ocho años después en el combate de Trafalgar. Era el buque más grande de la escuadra española. A las tres y cuarto, Nelson atacó el *San Nicolás*, por haberse retirado el otro buque cuando Collingwood llegó con el *Excelente*.

Este último buque había apresado al *San Isidro*, y buscaba más gloria. Al pasar á diez pasos á estribor del *San Nicolás*, le soltó una destructora andanada y continuó su marcha.

El *San Nicolás* estaba ya muy maltratado por su combate con Nelson; y cuando intentaba escapar de las averías que le causó el *Excelente*, acercóse tanto al *San José*, que se enredó con su compañero.

Nelson, cuyo buque estaba en una condición deplorable, sin un mástil, con la rueda del timón rota, y todo el aparejo más ó menos cortado, vió muy pronto la posición apurada de sus dos enemigos, y resolvió abordar el *San Nicolás*, para lo cual, y como preparativo, rompió otra vez el fuego á veinte varas de distancia de los buques contrarios; pero el *San Nicolás* contestó con denuedo durante algunos minutos.

Entonces Nelson decidió jugar el todo por el todo. Volvió la cabeza un momento para mirar la *Victoria*; pero los tripulantes de este buque hacían un fuego continuo, y el humo de la pólvora no permitía ver señal ninguna, aunque el almirante la hubiese izado; y entonces hizo avanzar el *Capitán* entre los dos buques enemigos, y enganchó al *San Nicolás* con los garfios, apoderándose de él al abordaje. Después pasó al *San José*, y al cabo de una breve lucha los dos buques quedaron apresados.



DELANTE DE SEBASTOPOL

Los siguientes extractos son del diario de un valeroso oficial que estuvo en el campamento delante de Sebastopol durante el terrible invierno de Crimea, y que describe así los padecimientos que sufrieron:

«Noviembre, 25, 1854.—El tiempo ha sido muy tempestuoso, y nuestros pobres soldados sucumben rápidamente, víctimas del cólera, producido por hallarse en la intemperie y faltos de ropa de abrigo. Hemos enterrado veintidós en cuatro días, y muchos se hallan en el hospital. El trabajo ha sido incesante en las trincheras, que distan unas tres millas del

campamento. Yo estuve en ellas desde las cinco de la tarde hasta la mañana siguiente, y hube de dormir al aire libre, sin cubrirme más que con un poco de ramaje.

»Diciembre, 1.º—He pasado otra noche en las trincheras; la lluvia cae á torrentes, y ayer,

con furia y que el estampido de los cañonazos se repite sin cesar.

(Se concluirá)



NELSON: Los tripulantes de la *Victoria* hacían un fuego continuo

hallándome frente á una obra defensiva, una bala silbó á un pie de mi cabeza. El enemigo nos hizo algunos disparos más, y en uno de ellos el proyectil se clavó en el suelo, tan cerca de mí, que la grava que hizo saltar chocó en mi rostro. Esta noche podré albergarme en una choza. ¡Qué sueños tan agradables me acosan cuando puedo dormir! Unas veces pareceme estar en mi casa, rodeado de personas queridas, y otras entre mis amigos, ó refiriendo cuentos á mi hija; mas al despertar veo que estoy tiritando de frío, que el viento sopla

VARIETADES

EL PRIMER CABALLO

que salió en escena en Francia

Cuando Corneille puso en escena por primera vez su *Andrómeda*, se vió en Francia aparecer en escena un caballo, y hé aquí cómo da cuenta de este acontecimiento el *Mercurio Galante*, periódico de la época:

«El Pegaso ha sido representado,—dice el

Mercurio,—por un verdadero caballo, lo cual no se había visto nunca en el teatro más que en algunas óperas en Italia; pero los caballos italianos salían á escena atados, mientras que aquí estaba en libertad y sus movimientos co-

nía en echar avena. El caballo, hostigado por el hambre, caracoleaba y relinchaba, y de este modo parecía demostrar la impaciencia con que esperaba á Perseo.

»Esta escena contribuyó en gran medida, se-



DELANTE DE SEBASTOPOL: —¡Soldados del 97.º! ¡Seguidme!—gritó intrépidamente Vickers

rrespondían á la escena que se le hacía representar.

»¿Cómo este caballo había aprendido tan bien su papel?»

El *Mercurio* lo explica del modo siguiente:

«Se le tenía durante cierto tiempo sometido á un ayuno riguroso, y cuando salía á escena, un tramoyista, desde bastidores, se entrete-

gún el citado periódico, al mayor éxito de la tragedia, pues todo el mundo quería ver á Pegaso. No es creíble que Corneille viese esto con satisfacción; pero, además, era necesario agradar y divertir á Luis XIV, que entonces no tenía más que doce años, en 1650, y al que las invenciones de Torelli divertían más que los mejores versos.»

ADMINISTRACIÓN: RAMÓN MOLINAS, editor: plaza de Tetuán, 50. Barcelona. — MANUEL PLA Y VALOR: Ancha de San Bernardo, n.º 19. pral., Madrid

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. = NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA